CAPÍTULO VIII.

De los principios que tuvo el monasterio de Alba de Tormes, y cómo se llegó á fundar con la ayuda de Teresa de Laiz, y Francisco Velázquez.—Torna la Santa á Salamanca.—Sana el Señor por las oraciones de la Madre Teresa á Doña María de Artiaga, y á una hija de los Condes de Monte Rey.

VIVÍAN en Tordillos, lugar dos leguas de Alba, unos padres de familia con varias hijas, y deseaban mucho que el Señor les concediese algún varón. Nacióles otra hija más, y disgustados de tener tantas, no quisieron hacer la fiesta de costumbre en el bautizo. Como les importaba poco de la vida ó muerte de la recién nacida, al tercero día de venida al mundo, dejáronla sola desde la mañana hasta la noche. Vino una mujer que tenía cuenta de ella, y sabiendo lo que pasaba, fué corriendo á ver si era muerta. Tomóla llorando en sus brazos, y dijo con mucha lástima: *¿Cómo, mi hija, vois no sois cristiana?* Alzando entonces la niña la cabeza, dijo con voz bien

inteligible: *Sí soy:* y desde aquel momento, no volvió á hablar más hasta la edad en que lo suelen hacer todos los niños. Quedaron espantados los que la oyeron, y avisada la madre de lo ocurrido, cobróla entrañable amor, y deseaba con ansia ver lo que sería de aquella misteriosa niña, á quien había puesto por nombre Teresa de Laiz. Cuando llegó á la edad de poder tomar estado, con ninguno quiso casarse sino con Francisco Velázquez, hombre de reconocida virtud, y á quien no le faltaban bienes de fortuna. Desempeñaba este caballero el cargo de contador del Duque de Alba, y tan contento y en armonía vivía con su consorte, que bien se conocía haber sido providencia de Dios aquel envidiable matrimonio.

En medio de tanta ventura no faltaba á Doña Teresa una espina, y era que el Señor no le daba hijos. Pedíaselos con mucha instancia, y á fin de conseguirlo, además de otras devociones, había tomado por abogado al Apóstol S. Andrés. Estando una noche acostada, y acaso revolviendo en su imaginación el pensamiento que tanto la afligía, oyó una voz que le dijo: *No quieras tener hijos, que te condenarás.* Turbóse al oir estas palabras, mas como el intento era bueno, no veía porqué teniendo hijos habíase de condenar, y continuó fervorosas sus oraciones, dirigidas al fin indicado. Estando otra vez con los mismos deseos, no se sabe si despierta ó dormida, parecióle que se hallaba en una casa, en cuyo patio había un pozo, y á su derredor un prado con mucha verdura, sembrado de flores blancas de tanta hermosura, que no sabía á qué compararlas. Arrimado al pozo vió á S. Andrés con rostro venerable y hermoso, el cual dirigiéndose á Teresa dijo: *Otros hijos son estos que los que tú quieres.* Sin saber cómo, tuvo noticia cierta de que S. Andrés era el aparecido, y que sería del agrado de Dios hiciese mo-

con el gozo de ver cumplidos sus propósitos, y realizada la visión que Teresa había tenido seis años antes. El 25 de Enero del 1570 quedó puesto el Santísimo Sacramento, y fundado el monasterio con el título de nuestra Señora de la Anunciación. Hízose luego hermosa capilla, y excusado parece decir, que ha sido y será el más célebre y afortunado de los que fundó la Santa por hallarse en él su cuerpo virginal, y en relicario aparte, su corazón amantísimo, milagrosamente transverberado.

Acabada tan felizmente la fundación de Alba, hizo la Santa venir varias monjas de otros monasterios, y dejando allí por priora á Juana del Espíritu Santo, determinó volver á Salamanca, para animar á sus hijas á llevar con paciencia, y hasta con gozo los trabajos que en la casa de dicha ciudad padecían.

Antes de encerrarse en el monasterio, recibió orden del Provincial para que pasara unos días en compañía de los Condes de Monte Rey, los cuales recibiéronla con mucha caridad. Bien les pagó nuestra Madre tan favorable acogida, pues debido á sus oraciones tuvieron lugar los dos prodigios que ahora diremos.

Encontrábase María de Artiaga, mujer del ayo de los hijos de los Condes, atormentada de un terrible tabardillo, y en términos que todos pensaban moriría. Á ruego de los Condes entró la Santa á visitarla, y llegándose á la cama de la enferma, púsola las manos sobre la cabeza, mientras que con el corazón dirigía al Señor fervientes súplicas. Al poco tiempo, sintiendo la paciente gratísima novedad, dijo: *¿Quién me toca, que estoy buena?* En oyendo estas palabras la humildísima sierva de Dios, rogó á Doña María que callase; mas ella favorecida con tanto bien, semejante á los leprosos sanados por Jesucristo, de que nos habla el Evangelio, no pudo contener el ímpetu de alegría y

agradecimiento, y todos supieron de su boca la manera prodigiosa como había alcanzado la salud. Viendo nuestra Madre que la enferma sanada no callaba, para disimular, dió en decir á los de casa que no hiciesen caso del delirio de la enferma; pero no le valió toda su industria, porque levantándose de la cama sana y buena la que poco antes apenas tenía esperanzas de vida, demostró no ser frenesí, sino milagrosa realidad lo que por ella pasaba.

Tenían los Condes una hija de poca edad muy enferma, y no ignorando cuánto podían las oraciones de nuestra Madre, rogáronla con mucha instancia pidiese al Señor por la salud de la niña. Compadecida de la aflicción de los padres, retiróse la Santa á un aposento, y comenzó á suplicar por la vida de la enferma. Estando en oración, se le aparecieron Santo Domingo y Santa Catalina de Sena, y la certificaron como Dios había escuchado propicio sus oraciones, y que luego verían los Condes su hija sana. Así sucedió en efecto con gran contentamiento de sus almas.

Habiendo cumplido la Santa con los Condes, con grande edificación de toda la familia, fuése al monasterio á participar de las incomodidades que experimentaban sus amadas hijas.

nasterio. La visión no pudo ser antojo, ni menos cosa del demonio, considerados los efectos que de ella quedaron. Nunca la buena señora deseó en lo sucesivo tener hijos, permaneciendo en su corazón tan asentado ser esta la voluntad de Dios, que jamás después los pidió. Manifestó á su esposo la significativa visión que había tenido, diciéndole al propio tiempo que, ya que el Señor no era servido de darles hijos, bueno fuera empleasen parte de su hacienda en hacer un monasterio de monjas. Como D. Francisco era tan piadoso, y amaba tanto á Doña Teresa, holgó mucho del pensamiento, y comenzaron ambos á dar trazas de como le harían. En este tiempo dispuso la Divina Providencia que la Duquesa de Alba relevase del cargo de contador al fidelísimo D. Francisco, dándole otro que había de desempeñar en Alba. Adelantóse éste, saliendo de Salamanca donde tan bien se encontraba, con el fin de comprar casa en la mencionada villa. Cuando la vió Doña Teresa, quedó tan disgustada, que fué causa de pasar la noche de haber llegado con mucha pena. Levantóse al día siguiente bien de mañana, y al querer enterarse mejor de las condiciones de la dicha casa, entrando en el patio, notó con grande admiración y sorpresa, que el pozo representado en la visión era ni más ni menos el que delante tenía. Y aunque no vió á S. Andrés, ni tampoco las misteriosas flores del prado, tuvo por cierto ser aquel el lugar destinado por Dios para el monasterio.

Gozosa en gran manera con el hallazgo, dió gracias al Altísimo, y comunicando con su esposo la providencial coincidencia, compraron de común acuerdo algunas casas contiguas á la propia, con el fin de dar espacio bastante para el futuro convento. Ignoraban de qué orden hacerle, y habiendo consultado el caso con dos religiosos, sin duda no pareció á estos llevaba concierto lo que pretendían, y les aconsejaron destinaran su hacienda á otra obra piadosa. Confiados en este parecer, y juzgando que seguirle sería lo más acertado, determinaron casar á un sobrino dándole en dote gran parte de los bienes que poseían, y dejando lo demás para sufragios de sus almas. No era esta la voluntad de Dios, y antes de quince días se les murió el sobrino, con lo que tornaron con más veras que nunca á pensar en la fundación del monasterio de monjas. Tuvieron noticia, por medio de un religioso franciscano, de los monasterios que entonces andaba fundando la Madre Teresa. Hiciéronla venir de Medina para tratar del asunto, pero como la casa había de ser con renta, y ellos no ofrecían lo bastante, no pudieron por esta vez concertarse, según dejamos dicho en otro lugar. La Santa para fundar, deseaba que hubiese suficiente renta, ó ninguna, «Porque yo, dice, siempre he pretendido que los monasterios que fundaba con renta la tuviesen tan bastante, que no hayan menester las monjas á sus deudos, ni á ninguno; sino que de comer y de vestir les den todo lo necesario en la casa, y las enfermas muy bien curadas; porque de faltarles lo necesario vienen muchos inconvenientes (1). Y para hacer muchos monasterios de pobreza sin renta, nunca me falta corazón y confianza, con certidumbre que no les ha Dios de faltar; y para hacerlos de renta, y con poca, todo me falta; por mejor tengo que no se funden» (2).

Deseando pues Doña Teresa de Laiz y su marido llevar adelante la fundación, hicieron un esfuerzo, y se allanaron á dar la renta que era razón. Causó mucha devoción á la Santa el que dichos señores, dejando la casa en que vivían, fuéronse á otra más ruín, bien que

(1) En el monasterio de la Encarnación tuvo la Santa ocasión de palpar esta verdad.

(2) Fund. c. XX.